

La estantería poética

Historia de un domador

A ver si ahora es la buena y alguno de los numerosísimos críticos *sesudos* se decide a leer, al menos, esta «Poesía Escogida» de Salustiano Masó publicada por *El Bardo*. Tal vez, condenado, sea siempre poeta «en tiempo de silencio», a pesar de haber dedicado toda su vida a pregonar por los cuatro costados sus decisiones poéticas. Tal vez escribo para alguien (en general y nunca en butaca) que desde su anfiteatro no venga a decir, en malo o en bueno, que Masó fue «domador» —en realidad, algo mucho más esperanzador: cuidó animales cautivos en el zoológico—, pero ya nos dice él en el prólogo algo más hermoso: «Decía Valéry que el león está hecho de cordero asimilado; pero también el cordero se nutre de hierba abonada con carroña de león.» Como se ve, Salustiano Masó lo único que quiso siempre fue *domar* el verso.

Poeta *de antes de la guerra* (Alcalá de Henares, 1923) continúa entre tropos y otros gajes del oficio, lleva ya veinte libros en su cuenta y algunos premios que me parece no sirvieron demasiado para que se le reconozca, incluso entre los amigos decididos a cuadrangular por generaciones. Desde *Contemplación y aventura* (1957) a *Omphalós* (inédito hasta ahora) han transcurrido suficientes años como para dudar de una vocación —quizá destino— demostrada con calidad y garra.

Pero (Jaque mate. No busques. No hay salida. / La torre negra... los alfiles negros...) a lo peor es que su autodidactismo no invita a los gloriosos minutos de meditación que se precisan para [*con su redondo(s) ojo(s) bien abierto(s)*] leer gotas de auténtica poesía.

A lo peor, Salustiano Masó, son tan delicaditos que temen quemarse las cejas, *en larga combustión muy semejante*.

El Empecinado aún se llama Juan

A velocidad de rayo —cese o no cese, puro o descafeinado: qué le vamos a hacer y no comencemos— aparecen y desaparecen revistas y colecciones poéticas, casi siempre sin alcanzar la adolescencia e incluso sin llegar a cumplir los seis primeros meses de edad. Pues bien: aquí tenemos, como en cada estación, este *Pliego de Murmurios* que llega desde Sabadell —Portugal, 81, 4.º, 1.ª— y todo porque allá reside Juan Luis Plá Benito, un poeta que es *siempre una paloma manuscrita|alegre en nuestros vidrios*, en contacto con nuestro idioma y capaz de conseguir versos escritos desde Río Grande a Punta Arenas, pasando por las islas y sus alrededores, e incluso desde otros puntos más exóticos. Este *Pliego* trae poemas escritos en México, Venezuela, USA, Francia, Chile, Cuba, Uruguay y algún que otro etcétera, lo que no es poco aunque así relacionado lo parezca.

Plá Benito, totalmente vocacional, se empecina en sacar adelante estos importantes aunque pequeños papeles, sin subvención de ninguna clase: como don Antonio, a su

trabajo acude, con su dinero paga, teniendo tiempo además para construir una obra entrañable, de riqueza versificadora llena de sugerencias.

Comoquiera que este hombre lleno de esperanza no cumplió todavía los treinta y siete años, y su revista va por el número 29 —casi una gesta— espero y deseo que queden poeta y *Pliegos* para un largo y grato rato de permanencia en este mundo de papeles, tantas veces —ay— imposibles de digerir.

El (penúltimo) tango en Granada

... Ahora hecho *libro para bailar con las ciudades y en solidaridad con nosotros mismos*, «que el mundo fue y será una porquería.»

Editado por *La Tertulia*, de Granada, prologado por Horacio Rébora y L. G. Montero, este libro es de agradecer por los numerosos amantes que tiene el tango. Viene dividido en tres partes: «Historia de una y de tantas noches», «Del primero al último tango» y «Para muchas más noches». En la primera, Rébora nos dice que «Ya lejos de Cadícamo, Discépolo, Contursi, Le Pera, Homero Manzi, Celedonio Flores, los poetas de Granada te han abrazado como el amigo más fiel.» Estos poetas publican «tangos» llenos de un *amargo* buen humor. Juan Carlos Rodríguez, en la segunda parte, se encarga de unas «Notas sobre melodrama y populismo en la literatura latinoamericana», de la que destaca su estudio sobre Gardel, muy interesante para desconocedores de su biografía: «Se sabe, en efecto, que de uno de esos barcos *descendió*, en la oleada inmigrante entre los dos siglos, una lavandera de Toulouse llamada Berta Gardés. Por un vulgarismo lingüístico obvio, muy pronto el apellido se «argentinizó»: Gardés se convirtió en *Gardel*». En el apartado final, Benedetti, Cortázar, Moyano, con poemas dignos de su altura. Benedetti, en *Subversión de Carlitos El Mago*: «pero vos / antes y después de medellín / dejaste hacer / dejaste que dijeran / dejaste / que cada uno te inventara a su medida / y por las dudas no aclaraste nunca / si eras de toulouse o tacuarembó». Cortázar, en *Java*: «Morderé una manzana fumaré un cigarrillo / viendo bajar los cuernos de la noche-medusa / su vasto caracol forrado en terciopelo / donde duermen tus senos quemados por la luna.» Moyano, en *Percanta*: «Entraron a tallar los taitas y en un juego fullero / no te dejaron ni el percal y para colmo / tuviste que correr desnuda en medio de una guerra / entre perros afilados y gurkas sigilosos, / vos, la morocha / que antes llenabas el día de cantares.»

Se cierra con un *Inventario de imprescindibles*, donde encontramos las letras de los tangos más famosos, desde el primero hasta el «último», de un glosario para desconocedores del lunfardo —que aquí somos casi todos—. Y como el librito es contagioso, me pongo a tararear eso de... Con un café con leche y una ensaimada / rematás esa noche de bacanal / y al volver a tu casa, de madrugada, / decís: «Yo soy una rana fenomenal.»

Desde la cábala a Machado/Pessoa

Revelaciones, de Armando López Castro (Editorial Laia) es el primer libro de este gallego nacido en 1949. Viene avalado con un prólogo de José Agustín Goytisolo que

explica muchísimo más de lo que cabría en esta nota mínima. Sí ha servido dicho escrito para coaccionarme a una lectura diáfana de la mano del poeta catalán, por el camino del joven vate orensano. Creo de todos modos que nadie se perderá por una senda tan venturosa, aunque ambiciosa, pues nos lleva a feliz término.

No me gustan los ejercicios didácticos en cuanto a las numerosísimas modas a seguir: con Goytisolo apuesto a ganador, pese a la desventaja de no conocer —como él— el próximo libro que anuncia. Pero hartado de las inclemencias de este tiempo poético que me toca vivir, aburrido de pedantes a machamartillo, así como de post(h)igos cerrados y otros esnobismos de guante frito en las tascas malasañeras o esmerilados en calles (supuestamente) galdosianas, uno se alegra de encontrar un insumiso lúcido y no engorriado que ponga la zancadilla a tanto autor de esgrafiados, más aptos para la cría del conejo que para firmar un producto que suelen denominar poesía —para entenderse— y que, además de no ser legible, nos tuerce el periscopio fastidiándonos la afición o convirtiéndonos en anfibio.

El libro está dedicado nada menos que a Salvador Espríu y creemos que no es ninguna falta de delicadeza.

Espríu conoce demasiado bien Sepharad como para aceptar que López Castro haya llegado hasta Grecia, nos ponga en un mismo rostro a Machado y Pessoa y, sin embargo, pueda jugar con números cabalísticos hasta entregarnos veinte poemas —pocos para algunos, suficientes aquí y para mí— contruidos con una profundidad que ahora mismo pierden algunos falsos intuitivos.

Cordobés, jerezano, madrileño... ¿O toledano?

Rara avis (perdón por el latinajo) este hombre curtido que nos habla de *Abeley* (Arenal, Jerez), nacido en 1932 y que no publica su primer libro, *Tren Talgo Madrid-Mediodía*, hasta 1974. Casi siempre los poetas tratan de publicar su primer libro nada más cumplir los dieciocho —cosa que a veces da resultados trágicos o tragicómicos— y, sin embargo, ahí tenemos a un hombre que hace años conoció, perdido en una nube de papel recortado para que se ilustrara una revista desaparecida, hablándonos del dios del destino, invisible, más cierto, persiguiéndonos certero hasta hacer que nos equivoquemos y lleguemos a convertirnos, tal vez, en *Abeley*.

Si ahora mismo vinieran mis amigos, les diría que «*seguimos de otro modo | los signos de Abeley*»; a pesar de que este desconocido poeta (muy premiado, eso sí), naciera en Córdoba, viviera en Jerez, más tarde en Madrid, se llama Francisco Toledano.

Paso a paso, hasta lograr el círculo, mediante intuiciones y comparaciones —a veces cartesianas—, Francisco Toledano ha logrado un libro de poemas envidiable. Después de terminar la lectura sigo viendo su rostro tras la mesa. ¡Y yo que hace años no sabía que escribías así!

Pues así es *Abeley*, ese dios mudo.

Tal vez tenga que ver con el difícil problema de introducir —aunque sea con calzador— a este poeta en alguna generación de las que abundan y nos desconciertan. Tal vez, otras causas influyan, desconocidas —aunque adivinadas— por mí. Pero a mí también, se me ocurre, me da la impresión de que Francisco Toledano no gusta